

IV CENTENARIO DE LA MUERTE DEL PRÍNCIPE DE LOS INGENIOS (1616-2016)

Cuando se cumplen 400 años de la muerte del insigne novelista, poeta y dramaturgo español Miguel de Cervantes Saavedra, traigo a este sitio, querido lector, un capítulo poco conocido de la que ha sido sin duda su obra más universal. Confío en tu clemencia para disculpar mi osadía, fruto de la exaltación y el ímpetu juveniles, porque estoy seguro de que don Miguel de Cervantes sabría perdonar este atrevimiento de querer remedar su irrepetible ingenio y erudición puestos al servicio de la literatura de todos los tiempos. Y ruego que admitas en mi descargo la sincera intención de fomentar con mi torpe y pretencioso escrito la lectura y relectura de la monumental obra del Manco de Lepanto, que línea a línea nunca dejará de sorprendernos e ilustrarnos en todos y cada uno de sus capítulos. Parfraseando a Rafael Alberti en los versos que dedicó a Garcilaso, yo no me cansaré de repetir:

*Si don Quijote volviera,
yo sería su escudero;
¡qué buen caballero era!*

Capítulo póstumo. Que trata de la disparatada visión que tuvo don Quijote cuando, sin pretenderlo, llegaron a las puertas de una gran ciudad, que Sancho vio con la natural percepción de lo que entra por los ojos sin fantasías ni engaño.

Habían recorrido un largo trecho de camino aquella tarde, cuando acertaron a remontar una loma desde la que se podía contemplar un amplio panorama. Apenas había divisado nuestro hidalgo caballero lo que desde allí le alcanzaba la vista que, irguiéndose sobre su cabalgadura, comenzó a hablar de esta manera:

-Se me antoja, Sancho, que el cielo ha querido guiar hoy nuestros pasos, pues barrunto que el haber llegado



hasta este lugar no ha de ser sino para beneficio nuestro y mayor gloria de la andante caballería, que por los signos que voy viendo no han de faltar ocasiones de hacer patente el valor y la firmeza de mi brazo en la empresa de salvar a tantos infelices de las adversidades que allí sufren y padecen, y por mi triunfo alcanzaré tanto mérito y reconocimiento que habré de ser recordado como el más brioso y gentil caballero de cuantos el mundo haya conocido o pueda conocer en los venideros tiempos. Fíjate bien, amigo Sancho, y podrás distinguir con meridiana claridad que todo lo que sucede ante tus ojos si no es obra de brujas lo ha de ser de Satanás o alguno de los demonios, o de unos y otros juntos, pues entre ellos se avienen fácilmente: ¡qué ruido tan espantoso y qué enorme confusión!; ciego tienes que estar o muerto de pavor si no has advertido ya que hemos venido a dar en las puertas del infierno o lo que bien pudiera ser su antesala. Observa aquella nube de humo y gas que todo lo envuelve dejando un sofocante olor a azufre... ¿no son ésas las señas del averno? Y dime si puede haber río más estigio que el que por allí se ve discurrir, de negruzco y viscoso líquido, a cuyas riberas ni el mismo Caronte

osaría acercarse por miedo a perecer víctima de sus letales vapores. Pon ahora tus ojos en la boca de aquel túnel por donde sin cesar entra y sale gente, que por el aspecto que presenta más parece afligida que contenta, a buen seguro que si no son los condenados del infierno que están al servicio de Pedro Botero para mantener el fuego de sus calderas, son las ánimas del purgatorio, pues claramente se aprecia por el sudor de su rostro y el descompuesto semblante que no fueron leves ni pequeñas las penalidades y sofocos que vienen de sufrir. Y mira cómo por aquella puerta extrema se mueve lentamente una gran sierpe, monstruo endiablado que vomita humo, dragón que lleva dentro de sí las criaturas humanas que le sirven de alimento, y a no dudar más fiero y espantoso que el que hubo de matar el noble Ruggiero para salvar de sus garras a la bella Angélica, reina de Catay, cuya belleza no tuvo que envidiar a la de las hijas de Darío que para sí quiso el Gran Alejandro. Vuelve la mirada de este lado y contempla, más a nuestra diestra, el estruendoso espectáculo de las gentes que encerradas en aquella grande cárcel gritan como energúmenos y elevan con desesperación sus brazos a lo alto, poseídas sin duda de algún maleficio urdido por las Furias del infierno; mientras aquellos hombres que se hallan sobre el verde que tapiza el centro de la prisión corren enfurecidos

de acá para allá, dan patadas sin tino ni cuento y ruedan por el suelo a merced de una bola que los trae alocados. ¿Puede haber, Sancho, señales más claras de que hemos venido a parar a las mismas puertas del orcoí ?

A esto, Sancho, que no era capaz de ver ni entender nada de cuanto su amo le decía y señalaba, y en previsión de no tener que escuchar tantos disparates e imaginar tantas sinrazones como don Quijote aún parecía estar presto a hacerle ver, le interrumpió y comenzó a replicarle en estos términos:

-Advierta vuestra merced que no es más que un desatino todo lo que está diciendo, pues eso que a la vista está no es otra cosa que Madrid, villa y capital del reino, y nada tiene que ver con el infierno y sus moradores; y el que parece río del averno no es sino el Manzanares, que no por ser aprendiz hayamos de menospreciarlo. Si vuesa merced no prestara su imaginación a tanto encantamiento acertaría a ver que la boca de aquel túnel nada tiene que ver con purgatorios o infiernos, sino que es una puerta del metro, y quienes a través de ella se mueven ni son las ánimas ni sirvientes de Pedro Botero, que son sencillos ciudadanos que por allí han de pasar para dar cumplimiento a sus afanes. Y aquel gran recinto que a vuesa merced se le antoja cárcel en la que ve poseídos y energúmenos no es otra cosa que un estadio, aunque mejor diré un campo de fútbol, y los que dentro vociferan y mueven los brazos con agitación son los aficionados seguidores de los equipos que se enfrentan en el campo de juego, y nada tienen que ver con los condenados. Cierre por fin vuesa merced los ojos de su fantasía y podrá ver con los de la cara que aquello que lentamente se mueve no es sierpe ni dragón ni ninguna otra criatura infernal, sino una larga fila de coches que no sé si tratan de entrar o salir del lugar, pues eso no es fácil de distinguir desde esta distancia, pero coches, no monstruo exterminador. Ya para terminar, debo decirle a vuesa merced que tienen a mucha honra los vecinos de esa villa el haber nacido en ella, pues con mucho orgullo no dejan de proclamar que òde Madrid al cieloö.

-Calla, Sancho amigo, no digas más disparates, que no es menester que siga oyéndote para convencerme de cómo el miedo ha hecho presa en ti cuando has visto estos espantos y hasta qué punto te ha turbado la razón que todo lo confundes y trastocas; y a fe mía que sólo hallo un punto de verdad en tus palabras en lo tocante al convencimiento que, según refieres, tienen los vecinos de esa villa de encontrarse a las puertas del cielo, pues no habría justicia divina ni humana que no concediera un lugar entre los bienaventurados a quienes hayan tenido que pasar los días de su vida en semejante purgatorio. Y amén, Sancho, que es hora de dejar los parlamentos para pasar a la acción; vence tu miedo y arrójate conmigo a la batalla, que por la calidad del enemigo ha de ser tal nuestra firmeza y valentía que al mundo no le quede duda del arrojo y el valor con que la andante caballería salió triunfante en los más arriesgados lances; y por ende, alcanzaremos más fama que la que mereció el caballero Suero de Quiñones en aquellas honrosas justas junto al puente del Órbigo.



Monumento a Cervantes en la plaza de España de Madrid

Pentapolín Garamanta
Madrid, 1971

Fantasia de un pueblerino recién llegado a la Capital